

miseria! tanto olor a taberna! pensé en...
contrarme aún en la casa de la muerta
y de la huérfana...

Alicia E. URDINEZ.

Prosa sintética y doliente

TRISTE DESPEDIDA

Tenia diez y siete años.
Gallardo. Fuerte. Inteligente. Bohemio. Rebelde.
En fin.
Lleno de idealidad y amor.
Inquieto.
Cansado de respirar el ambiente hipócrita y corruptor de la gran urbe...

Que soy hombre y tengo dignidad.
Papá — tú lo sabes — quiere hacer de mí un instrumento incondicional para la política de su partido.
Me prohíbe la lectura de libros que me agradan y me instruyen, arguyendo que son libros anarquistas, malos, que su lectura es perniciososa para mí.

APUNTES DE NUESTRA CRÍTICA

"La unión feminista nacional"

Un partido llamado "Unión feminista nacional" se ha propuesto — según sus directoras — colocar a la mujer en iguales condiciones que el hombre, es decir, en iguales derechos "civiles" y "sociales".
Entienden que por intermedio del sufragio feminista, delegando las mujeres sus intereses y sus derechos naturales a futuras "diputadas y senadoras", pueden llegar gradualmente, diplomáticamente, parlamentariamente a alcanzar su emancipación.

La política — en la más amplia extensión del vocablo — significa el engranaje de engañar a los pueblos por intermedio de tan elástico sufragio universal.
Significa legislar desde arriba las cosas de abajo por elementos que gozan de todas las comodidades que esta sociedad burguesa les brinda, estando muy lejos de sentir con sentimiento el dolor y la angustia que sufren las masas obreras, las inmensas falanges proletarias.
He aquí que nosotras, conociendo perfectamente bien que la política es el engranaje de engañar y mentirle a los pueblos, tenemos que estar en completo desacuerdo con esta forma de querer elevar la mentalidad de la mujer para desligarla de todas las arcaicas costumbres, creando en ella un carácter, una personalidad, una educación y una moralidad que la coloque en iguales condiciones que el hombre.

¡DOLOR! ¡MISERIA!

Esbozos del natural

Era una tarde de estas tan frecuentes en el mes de junio; de ambiente pesado, más bien molesto; de rato en rato el gran disco solar aparecía con sus rayos burlescos y luego se ocultaba tras negros nubarrones, dando lugar a que las brumas se extendieran como tules grises.
Era una tarde de esas, semi brumosas, en que por razones que no interesan al lector, dirigía mis pasos hacia el suburbio sudeste de mi pueblo; barrio ese, el más miserable; poblado de casuchas, muchas de ellas semi ocultas entre los yuyales que crecen con exhuberancia y construidas a la ribera derecha del arroyo que, serpenteantes sus aguas corren incesantes como una sonrisa irónica frente a la miseria de los pobladores de esos parajes.
Ya en las callejas del miserable barrio, caminaba lenta y distraidamente con el pensamiento puesto en otras miserias, quizás más, mucho más crueles que las de los pobladores del barrio en que me encontraba, (pero miserias al fin). Sin que las miradas escudriñadoras de los que encontraba al paso, ni las murmuraciones de otros, lograrán despertar mi atención: caminaba... caminaba distraidamente.

MI VOZ
Compañeritas:
Hasta cuándo estaremos con la ignorancia y sufriremos la esclavitud?
La ignorancia inculcada por nuestros antepasados, por nuestros maestros y nuestros padres, ¿debemos soportarla aún? La esclavitud sufrida por muchas generaciones, ¿debemos continuar sufriendola nosotras todavía?
Es natural que sigamos siendo esclavas? ¿No! ¡Imposible!
No nacimos con los mismos privilegios nosotros (hoy esclavas) que las hijas de nuestros opresores, los burgueses? ¿Por qué ese privilegio en unas (la mayoría), mientras la mayoría no tenemos ninguno? ¿Por qué ese despilfarro, ese derroche de dinero en cosas superfluas, en vestir lujosamente, escandalosamente, en ir cargadas de alhajas y joyas, mientras atrás (la mayoría), no tenemos ni con qué vestir ni qué comer?
¡Ah! Ellas cargadas de joyas y nosotras harapientas! Ellas paseando y gozando de la vida, y nosotras encerradas — en nuestra floreciente juventud — en un antihigiénico taller, trabajando como bestias, minando nuestros organismos con la tisis y la tuberculosis.
Elas con ricos vestidos y joyas, y nosotras harapientas y sin tener con qué comer.
Elas gustan el fruto de nuestro trabajo en perfumes y otras cosas superfluas, y nosotras mendigando una migaja de pan y habitando en inmundas pocilgas donde la promiscuidad engendra las enfermedades infecciosas.
Elas gastando nuestro sudor en lujos, y nosotras sin poder alimentar a nuestros familiares hijos y hermanitos. ¿Es justo y lógico que un ser humano despilfarrar el dinero en vicios y en lujos mientras otros no tengan con qué desayunarse? ¿Es justo que una pequeña minoría que no produce y que vive en la holganza disfrute de todas las comodidades mientras que otros (la mayoría), no tenemos con qué alimentarnos? ¿Es lógico que esta desigualdad social siga existiendo?
Ya es hora, compañeritas, que levantemos nuestras frentes y abramos nuestros ojos a la cruel realidad que nos circunda. Desde tiempos inmemoriales venimos siendo las más esclavas y sumisas sin hacer sentir nuestra voz de explotadas. Ya es hora de lanzarnos a la lucha para conquistar nuestra anhelada libertad. Debemos ayudar a nuestros compañeros de trabajo, a nuestros hermanos de lucha.
Ellos precisan nuestra ayuda y nosotras la de ellos.
No debemos dejar solos en la lucha a nuestros compañeros, hermanos, padres e hijos; debemos luchar junto con ellos, por cuanto la esclavitud y la explotación la sentimos todos.
Nuestros derechos y nuestros deberes deben ser idénticamente iguales a los de nuestros compañeros. Por lo tanto que nuestra emancipación debe marchar paralela — socialmente hablando — a la emancipación del hombre.
He aquí, pues, que nosotras, las mujeres revolucionarias no debemos cejar ni un instante hasta tanto no derribar este régimen de tiranía y explotación e implantar nuestra soñada sociedad del comunismo anárquico.
La situación actual que cruzamos las mujeres reclama con viva fuerza nuestra participación y actividad en la lucha social, ya que hasta hoy hemos permanecido en un estado amargo y sin hacer conciencia de mi conciencia...

MI VOZ
Compañeritas:
Hasta cuándo estaremos con la ignorancia y sufriremos la esclavitud?
La ignorancia inculcada por nuestros antepasados, por nuestros maestros y nuestros padres, ¿debemos soportarla aún? La esclavitud sufrida por muchas generaciones, ¿debemos continuar sufriendola nosotras todavía?
Es natural que sigamos siendo esclavas? ¿No! ¡Imposible!
No nacimos con los mismos privilegios nosotros (hoy esclavas) que las hijas de nuestros opresores, los burgueses? ¿Por qué ese privilegio en unas (la mayoría), mientras la mayoría no tenemos ninguno? ¿Por qué ese despilfarro, ese derroche de dinero en cosas superfluas, en vestir lujosamente, escandalosamente, en ir cargadas de alhajas y joyas, mientras atrás (la mayoría), no tenemos ni con qué vestir ni qué comer?
¡Ah! Ellas cargadas de joyas y nosotras harapientas! Ellas paseando y gozando de la vida, y nosotras encerradas — en nuestra floreciente juventud — en un antihigiénico taller, trabajando como bestias, minando nuestros organismos con la tisis y la tuberculosis.
Elas con ricos vestidos y joyas, y nosotras harapientas y sin tener con qué comer.
Elas gustan el fruto de nuestro trabajo en perfumes y otras cosas superfluas, y nosotras mendigando una migaja de pan y habitando en inmundas pocilgas donde la promiscuidad engendra las enfermedades infecciosas.
Elas gastando nuestro sudor en lujos, y nosotras sin poder alimentar a nuestros familiares hijos y hermanitos. ¿Es justo y lógico que un ser humano despilfarrar el dinero en vicios y en lujos mientras otros no tengan con qué desayunarse? ¿Es justo que una pequeña minoría que no produce y que vive en la holganza disfrute de todas las comodidades mientras que otros (la mayoría), no tenemos con qué alimentarnos? ¿Es lógico que esta desigualdad social siga existiendo?
Ya es hora, compañeritas, que levantemos nuestras frentes y abramos nuestros ojos a la cruel realidad que nos circunda. Desde tiempos inmemoriales venimos siendo las más esclavas y sumisas sin hacer sentir nuestra voz de explotadas. Ya es hora de lanzarnos a la lucha para conquistar nuestra anhelada libertad. Debemos ayudar a nuestros compañeros de trabajo, a nuestros hermanos de lucha.
Ellos precisan nuestra ayuda y nosotras la de ellos.
No debemos dejar solos en la lucha a nuestros compañeros, hermanos, padres e hijos; debemos luchar junto con ellos, por cuanto la esclavitud y la explotación la sentimos todos.
Nuestros derechos y nuestros deberes deben ser idénticamente iguales a los de nuestros compañeros. Por lo tanto que nuestra emancipación debe marchar paralela — socialmente hablando — a la emancipación del hombre.
He aquí, pues, que nosotras, las mujeres revolucionarias no debemos cejar ni un instante hasta tanto no derribar este régimen de tiranía y explotación e implantar nuestra soñada sociedad del comunismo anárquico.
La situación actual que cruzamos las mujeres reclama con viva fuerza nuestra participación y actividad en la lucha social, ya que hasta hoy hemos permanecido en un estado amargo y sin hacer conciencia de mi conciencia...

MI VOZ
Compañeritas:
Hasta cuándo estaremos con la ignorancia y sufriremos la esclavitud?
La ignorancia inculcada por nuestros antepasados, por nuestros maestros y nuestros padres, ¿debemos soportarla aún? La esclavitud sufrida por muchas generaciones, ¿debemos continuar sufriendola nosotras todavía?
Es natural que sigamos siendo esclavas? ¿No! ¡Imposible!
No nacimos con los mismos privilegios nosotros (hoy esclavas) que las hijas de nuestros opresores, los burgueses? ¿Por qué ese privilegio en unas (la mayoría), mientras la mayoría no tenemos ninguno? ¿Por qué ese despilfarro, ese derroche de dinero en cosas superfluas, en vestir lujosamente, escandalosamente, en ir cargadas de alhajas y joyas, mientras atrás (la mayoría), no tenemos ni con qué vestir ni qué comer?
¡Ah! Ellas cargadas de joyas y nosotras harapientas! Ellas paseando y gozando de la vida, y nosotras encerradas — en nuestra floreciente juventud — en un antihigiénico taller, trabajando como bestias, minando nuestros organismos con la tisis y la tuberculosis.
Elas con ricos vestidos y joyas, y nosotras harapientas y sin tener con qué comer.
Elas gustan el fruto de nuestro trabajo en perfumes y otras cosas superfluas, y nosotras mendigando una migaja de pan y habitando en inmundas pocilgas donde la promiscuidad engendra las enfermedades infecciosas.
Elas gastando nuestro sudor en lujos, y nosotras sin poder alimentar a nuestros familiares hijos y hermanitos. ¿Es justo y lógico que un ser humano despilfarrar el dinero en vicios y en lujos mientras otros no tengan con qué desayunarse? ¿Es justo que una pequeña minoría que no produce y que vive en la holganza disfrute de todas las comodidades mientras que otros (la mayoría), no tenemos con qué alimentarnos? ¿Es lógico que esta desigualdad social siga existiendo?
Ya es hora, compañeritas, que levantemos nuestras frentes y abramos nuestros ojos a la cruel realidad que nos circunda. Desde tiempos inmemoriales venimos siendo las más esclavas y sumisas sin hacer sentir nuestra voz de explotadas. Ya es hora de lanzarnos a la lucha para conquistar nuestra anhelada libertad. Debemos ayudar a nuestros compañeros de trabajo, a nuestros hermanos de lucha.
Ellos precisan nuestra ayuda y nosotras la de ellos.
No debemos dejar solos en la lucha a nuestros compañeros, hermanos, padres e hijos; debemos luchar junto con ellos, por cuanto la esclavitud y la explotación la sentimos todos.
Nuestros derechos y nuestros deberes deben ser idénticamente iguales a los de nuestros compañeros. Por lo tanto que nuestra emancipación debe marchar paralela — socialmente hablando — a la emancipación del hombre.
He aquí, pues, que nosotras, las mujeres revolucionarias no debemos cejar ni un instante hasta tanto no derribar este régimen de tiranía y explotación e implantar nuestra soñada sociedad del comunismo anárquico.
La situación actual que cruzamos las mujeres reclama con viva fuerza nuestra participación y actividad en la lucha social, ya que hasta hoy hemos permanecido en un estado amargo y sin hacer conciencia de mi conciencia...

MI VOZ
Compañeritas:
Hasta cuándo estaremos con la ignorancia y sufriremos la esclavitud?
La ignorancia inculcada por nuestros antepasados, por nuestros maestros y nuestros padres, ¿debemos soportarla aún? La esclavitud sufrida por muchas generaciones, ¿debemos continuar sufriendola nosotras todavía?
Es natural que sigamos siendo esclavas? ¿No! ¡Imposible!
No nacimos con los mismos privilegios nosotros (hoy esclavas) que las hijas de nuestros opresores, los burgueses? ¿Por qué ese privilegio en unas (la mayoría), mientras la mayoría no tenemos ninguno? ¿Por qué ese despilfarro, ese derroche de dinero en cosas superfluas, en vestir lujosamente, escandalosamente, en ir cargadas de alhajas y joyas, mientras atrás (la mayoría), no tenemos ni con qué vestir ni qué comer?
¡Ah! Ellas cargadas de joyas y nosotras harapientas! Ellas paseando y gozando de la vida, y nosotras encerradas — en nuestra floreciente juventud — en un antihigiénico taller, trabajando como bestias, minando nuestros organismos con la tisis y la tuberculosis.
Elas con ricos vestidos y joyas, y nosotras harapientas y sin tener con qué comer.
Elas gustan el fruto de nuestro trabajo en perfumes y otras cosas superfluas, y nosotras mendigando una migaja de pan y habitando en inmundas pocilgas donde la promiscuidad engendra las enfermedades infecciosas.
Elas gastando nuestro sudor en lujos, y nosotras sin poder alimentar a nuestros familiares hijos y hermanitos. ¿Es justo y lógico que un ser humano despilfarrar el dinero en vicios y en lujos mientras otros no tengan con qué desayunarse? ¿Es justo que una pequeña minoría que no produce y que vive en la holganza disfrute de todas las comodidades mientras que otros (la mayoría), no tenemos con qué alimentarnos? ¿Es lógico que esta desigualdad social siga existiendo?
Ya es hora, compañeritas, que levantemos nuestras frentes y abramos nuestros ojos a la cruel realidad que nos circunda. Desde tiempos inmemoriales venimos siendo las más esclavas y sumisas sin hacer sentir nuestra voz de explotadas. Ya es hora de lanzarnos a la lucha para conquistar nuestra anhelada libertad. Debemos ayudar a nuestros compañeros de trabajo, a nuestros hermanos de lucha.
Ellos precisan nuestra ayuda y nosotras la de ellos.
No debemos dejar solos en la lucha a nuestros compañeros, hermanos, padres e hijos; debemos luchar junto con ellos, por cuanto la esclavitud y la explotación la sentimos todos.
Nuestros derechos y nuestros deberes deben ser idénticamente iguales a los de nuestros compañeros. Por lo tanto que nuestra emancipación debe marchar paralela — socialmente hablando — a la emancipación del hombre.
He aquí, pues, que nosotras, las mujeres revolucionarias no debemos cejar ni un instante hasta tanto no derribar este régimen de tiranía y explotación e implantar nuestra soñada sociedad del comunismo anárquico.
La situación actual que cruzamos las mujeres reclama con viva fuerza nuestra participación y actividad en la lucha social, ya que hasta hoy hemos permanecido en un estado amargo y sin hacer conciencia de mi conciencia...